

FUERTES HERREROS, J. L.: *El discurso de los saberes en la Europa del Renacimiento y del Barroco*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2012, 308 páginas.

Alejandro Lozano Muñoz
Universidad de Salamanca (España)

José Luis Fuertes, catedrático de Filosofía del Renacimiento y del Barroco de la Universidad de Salamanca, publicó a comienzos de 2012 una valiosa aproximación a la problemática de los saberes tal y como se abordó en el Renacimiento y posteriormente en el Barroco, configurando diversos modelos de ordenación del mundo que fueron heredados por la Ilustración. El tratamiento conjunto de estos tres momentos clave del pensamiento y la cultura occidentales facilita la elaboración de un marco de interpretación amplio desde el cual conectar dichas épocas históricas, que en ningún caso actúan como compartimentos estancos. La complejidad de la temática no impide que el profesor Fuertes la desarrolle con rigor y exhaustividad, tal y como atestigua la vasta bibliografía, repleta de obras fuente.

Como ya hemos indicado, el hilo conductor de esta aproximación es el discurso de los saberes. En palabras del autor, “se toman los saberes como un todo ordenado, como un discurso, en cuanto, por una parte, son expresión de una teoría del mundo, de una arquitectónica, reflejando el orden de éste, y por otra, y a la par, como proyectos de ordenación y construcción del mismo, especialmente del ser humano” (pp. 19-20). De este modo, la estructura del conocimiento (y de las disciplinas que lo componen) en cada época se convierte en el eje que da sentido al hombre y al mundo.

Partiendo de este enfoque, el texto se divide en 3 partes. La primera, “Saberes, existencia y concordia en la fe” (pp. 27-72), se ciñe al siglo XV y se compone de tres secciones precedidas por una valiosa Introducción. En ella se ofrece un marco general desde el que comprender las distintas arquitectónicas del saber que se tratarán a continuación. El denominador común de todas ellas es “la mirada de Dios” (p. 28), que confiere sentido a todo cuanto hay en el mundo. El autor sitúa los proyectos de ordenación de la realidad y la vida humana

del siglo XV en dos ejes de coordenadas: la temporal (trazada a partir de la concepción cristiana de la historia tal y como la plasmase Agustín de Hipona en *La ciudad de Dios* y también en las *Confesiones*); y la espacial, en permanente construcción de la cristiandad.

Tras la Introducción, el profesor Fuertes inicia la explicación del discurso de los saberes de Alfonso de la Torre tal y como lo plasmó en su *Visión Delectable* (ca. 1430 – 1440). Será la gramática, como primera de las disciplinas del *trivium*, la que conduzca al niño-Entendimiento por el recorrido de las diferentes artes. El propósito de esta estructura de los saberes es impulsar al hombre a la veneración de las cosas divinas, siguiendo el relato del ser humano contenido en Génesis 1-3. Como mostrará el autor en la segunda sección de esta parte, en la misma órbita se mueve Rodrigo Sánchez de Arévalo cuando escribe su *Speculum vitae humanae* (1468). Fuertes se detendrá aquí en el recurso a la perdida Edad de Oro, que con tanta profusión usarán figuras posteriores como Erasmo o Cervantes. Tras el estudio de la obra de Sánchez de Arévalo, la primera parte concluye con una exposición de la arquitectónica de los saberes presente en el *Discurso sobre la dignidad del hombre* de Pico della Mirandola, publicado póstumamente en 1496. Manteniéndose dentro del marco descrito en la Introducción, aunque introduciendo elementos platónicos, el modelo de Pico “nos va a marcar claramente el camino de ascenso, empleando una ordenación de los saberes, tal como cabía, y que desemboca en la teología. Está dirigido a hacernos ‘anhelar lo sumo y tratar de conseguirlo’, para construir ese ideal de hombre, que lleva en sí la hechura de Dios” (p. 69).

La segunda parte (“Saberes, existencia y concordia”, pp. 73-139) nos traslada a la complejidad del Renacimiento con un estudio dividido en cinco secciones y una conclusión valorativa. El autor comienza este capítulo comentando el impacto que tuvo para la Europa cristiana el inesperado descubrimiento de las Indias, que tuvo como consecuencia el resquebrajamiento del discurso de los saberes explicado en la primera parte. Junto a la revalorización de los conocimientos mecánicos necesarios para la fundación del nuevo mundo, se produce la desaparición de la teología como elemento unificador del más alto rango. A continuación, Fuertes se detiene en la *Utopía* (1516) de Moro, descubriendo en este relato un desplazamiento de lo religioso en favor de la razón, a la que ve capacitada para crear modelos de convivencia humana y de concordia. En tercer lugar recorreremos el camino de la escolástica (Vitoria, Báñez), que sigue confiando en el orden establecido en el relato del *Génesis* añadiendo jugosas modificaciones, como la lectura que hace Francisco de Vitoria de la *Suma teológica* en el curso de 1539-40. Dicha lectura “abría un camino de encuentro entre todos los hombres y actualizaba el modo de ir a Dios, incidiendo en el hecho común y compartido por todos, la existencia” (p. 101). La cuarta sección está dedicada al estoicismo en Salamanca a finales del XVI, distinguiéndose hasta tres momentos en el desarrollo de este movimiento en

la época, y abordando tanto los comentarios del Brocense a Epicteto como la situación de la Universidad de Salamanca dentro de esa coyuntura. Por último, el autor se acerca a la figura de Montaigne, cuya postura escéptica, fundamental para comprender el tono de la incipiente filosofía moderna, provoca una alteración sustancial del cuadro de los saberes. En Montaigne la teología es sustituida por la filosofía, y se añaden como fundamentales disciplinas como la medicina y la jurisprudencia, a fin de que el hombre trate con el mundo y pueda moverse por él con resolución.

Tras la conclusión valorativa, donde se destaca la necesidad de “sacar fuerzas de la propia finitud” (p. 137) a la que se enfrenta el hombre a finales del XVI, comienza la tercera y última parte (“Concordia racional, arte general del saber y la mejor república”, 141-263). El libro avanza hasta el Barroco, y nos brinda una panorámica de los problemas planteados y los enfoques que cabían dividida en tres grandes bloques. En el primero, Fuertes desarrolla una interesante comparación del *Discurso del método* (1637) de Descartes y las *Confesiones* (397-400) de san Agustín. La estructura, despliegue argumentativo y propósito de sendas obras es de una gran similitud: ambos textos se presentan como caminos a recorrer en varias jornadas (las partes en que las obras están divididas), al final de cuyos términos el individuo habrá experimentado una transformación. En los dos casos hay un punto de inflexión marcado por el descubrimiento de la interioridad. Este hallazgo imprime al hombre una nueva forma de ver el mundo basada en principios diferentes para cada caso (Dios para el obispo de Hipona, las facultades del ser humano finito en Descartes).

La segunda sección de la tercera parte estudia la posición de la escolástica frente a la filosofía cartesiana, es decir, frente al acta de nacimiento de la modernidad filosófica. El autor de referencia será Sebastián Izquierdo. El Barroco se descubre de este modo como un crisol de propuestas para ordenar el mundo (la de Descartes, la de Bacon, la de Hobbes...), entre las que está el *Pharus Scientiarum* (1659) de Izquierdo. Su cometido consiste en ofrecer un nuevo modelo de Enciclopedia unificadora del saber a la que se llega mediante un método, el arte general del saber, que atestigua la necesidad de ajustarse a un tiempo nuevo: el moderno. Izquierdo debió ver en la filosofía de Descartes insuficiencias que conducían a la fragmentación de los saberes. Esas dificultades motivan su discurso unificador.

El libro concluye con una sección dedicada a Leibniz que profundiza en su propósito de dotar de unidad y coherencia científicas a las demostraciones de las diferentes ciencias. Fuertes ve en Leibniz la necesidad de desarrollar “una ciencia general que contuviera los primeros principios de la razón y de la experiencia” (p. 253). El conocimiento de esta ciencia haría valer al hombre como tal y conduciría a la sabiduría y a la felicidad, llegando en última instancia a la mejor república que cupiese construir.

Como habíamos adelantado, el recorrido de *El discurso de los saberes* es amplio y se detiene en el examen de filosofías y planteamientos complejos. Esto no impide que el resultado final sea una exposición profunda que arroja luz a las conexiones entre momentos históricos y filosóficos tan diferentes como importantes.